

Nuevas crónicas sentimentales

MUSICAL ESPAÑOL: CABALLO DE TROYA

Tan denostado como admirado, el musical español enhebra una interesante tradición. En él confluyen los ritmos de la producción del género cinematográfico en sus filas más industriales, con aquellas otras apuestas que rompen sus evidencias para volcarse sobre la expresión más radical de las expectativas de sus públicos. El musical aparece y desaparece de nuestra tradición cinematográfica en un acompañamiento feroz de las distintas rutas musicales, que alumbran nuestros espacios públicos para donarnos un imaginario sentimental complejo.

¿Podemos pensar que el musical se deriva de las instancias musicales que nos permiten canalizar y hacer catarsis de alegrías y traumas? ¿O es el cine y su código genérico el que sirve de punto de partida para distintas narraciones sobre «lo musical»? Contestar a estos dilemas es tanto como hacer un mapa donde las carreteras nos devuelvan al punto de partida, porque no hay historia unidireccional. La naturaleza del cine español ha ido siempre de la mano de las manifestaciones musicales que han sobrepasado la banda sonora.

Una posible organización de este acervo pasa por evidenciar cómo se han dinamitado dichas expectativas fraguadas entre género y público. Listar las diversas manifestaciones de las músicas populares que este cine ha predicado nos colocaría en una historia a contrapelo del género, donde es fácil deducir modelos de representación menos esperables que los códigos de los estereotipos que nos proporciona el musical tradicional, sean cuales sean sus fuentes. La posibilidad de lectura de los títulos de este ciclo espolea elementos que no estuvieron en la superficie

de manera explícita, pero que ahondan en modelos de clase, de género, de socialización y politización ciudadana, que no tienen nada de convencionales y que aventuran interpretaciones que airearán otras muy lejanas a las habituales.

Por otro lado, el diálogo con tradiciones –ajenas sobre el papel– como el *jazz*, el *pop*, el *rock*, el *punk*, o la psicodelia, han permitido que el cine arremeta con soltura para plantear cismas, simplemente al incorporarlos con distintas pautas estructurales, como es el cine de montaje, el documental y las comedias que más inveteradamente buscan apelar con su discurso al presente. Las mediaciones, las incorporaciones de las vetas culturales que sofocan, en cada momento, la contemporaneidad, encuentran en la textura narrativa que hace el cine de la música, un pretexto donde bien se cuajan las identidades de los actantes de la música, más o menos populares.

El cine ha consumado las más hermosas reorganizaciones de la tradición musical. Al consolidar la vigencia de las manifestaciones populares de un horizonte compartido, hay películas que han convocado ciertos enigmas esbozados tras la música para devolvernos su significado. Pienso en la composición de álbum que hace Neville en *Duende y misterio del flamenco* en unos tempranos años cincuenta, que también precisa como raíz la película fundacional de Carlos Saura de *Carmen* (1983), el nuevo acomodo de *Las cosas del querer* (Jaime Chávarri, 1989) con la copla, cuando ya nadie esperaba su registro cinematográfico.

Nunca estas músicas volvieron a sonar igual. ●

Marina Díaz López
Historiadora de cine

